

# LETRAS

letrillas

# LETRONES

## Gonzalo Torrente Ballester (1910-1999)

En cierta ocasión escribió Saramago, y ahora, por desgracia, habrá tenido que repetirlo mucho, que “el lugar situado a la derecha de Cervantes, vacante durante siglos, había sido ocupado por Gonzalo Torrente Ballester”. Esto que, en principio, pudiera parecer una hipérbole o un elogio fácil, deja de serlo si tenemos en cuenta que España siempre ha sido un país muy poco cervantino y que la tradición de *El Quijote* ha sido la menos cultivada por los escritores españoles, siempre propensos al barroquismo o al realismo más chato y descarnado. De hecho, según dejó apuntado Torrente en su magnífico ensayo *El Quijote como juego* (1975), la tradición cervantina fue continuada más bien por la novela inglesa, fundamentalmente por Sterne y su *Tristram Shandy*, y por Jonathan Swift; de tal forma que Cervantes acabó convirtiéndose

en un caso aislado y ciertamente excepcional dentro de su propia cultura: el único escritor de literatura fantástica que había habido en España.

Precisamente, lo que hace Torrente Ballester en su novela más significativa, *La saga/fuga de J.B.* (1972), es recoger lo que él llama la tradición “anglocervantina” y reintroducir lo fantástico en nuestra literatura, justo en un momento en el que la novela española se debate entre el experimentalismo estéril y el más que gastado realismo crítico. *La saga/fuga de J.B.* se constituyó así en el principal hito de ese importante movimiento de renovación de la novela que tuvo lugar en España en los años setenta, si bien es cierto que todavía hay críticos empeñados en vincular innecesariamente esta novela al realismo mágico y, de manera directa, a *Cien años de soledad*, con la que presenta algunas coincidencias, como la invención de una geografía imaginaria y fabulosa, en este caso Castroforte del Baralla, una ciudad que, entre otras cosas, levita en determinadas circunstancias.

Es muy posible que Torrente Ballester se viera estimulado por la obra de García Márquez y de algunos otros autores hispanoamericanos inscritos en la órbita del mal llamado realismo mágico. Pero Torrente no necesitaba imitarlos ni inspirarse en sus libros para elaborar su novela. Al igual que algunos de ellos, él también solía decir que no inventaba casi nada, que copiaba simplemente una realidad en sí misma fantástica, la realidad de su Galicia natal. De ahí que Castroforte nada tenga que ver con Macondo, sino con la ciudad de Pontevedra, en la que el autor vivió varios años, ni José Bastida con Aureliano Buendía, sino con Alonso Quijano.

Irónicamente, el reconocimiento público no le vino a Torrente de la mano de esta gran novela, sino de la adaptación televisiva en 1982 de una de las obras que menos le gustaban, la trilogía *Los gozos y las sombras* (1957-1962), escrita aún bajo los supuestos del realismo, que luego él tanto repudiaría. Contra ese “empacho de realismo” que supuso para él la trilogía, escribió *Don Juan* (1963), su novela preferida –junto con *La saga/fuga de J.B.* y *Fragmentos de Apocalipsis* (1977)– y uno de los fracasos más estrepitosos de su ya de por sí accidentada carrera literaria. Si hace apenas unas semanas Torrente hubiera podido asistir a su propio entierro, sin duda hubiera repetido con sorna aquello que le oí decir en cierta ocasión, con motivo de un homenaje: “¡Oh, cuántos elogios! Durante años ni siquiera tuve los necesarios para sobrevivir”. –

— LUIS GARCÍA JAMBRINA

### CARTA DE MADRID

## Nunca con las mismas armas

Una de las peores cosas que le pueden ocurrir a uno es verse obligado a comportarse de la forma que más detesta: tanto, que es precisamente esa manera de ser y obrar

la que uno combate, de la que abomina, con la que se enfrenta. Ahí está el peligro.

Esa película de la que mi colega Pérez-Reverte y yo ya hemos escrito, que yo le descubrí a él por persona interpuesta y que en cierto modo nos une, *La vida y la muerte del Coronel Blimp*, de Powell & Pressburger, cuenta bien esto, y en uno de sus casos más extremos: en ella se recorre la rivalidad y amistad de dos militares, uno inglés y otro alemán, desde su juventud hasta su vejez. En la Segunda Guerra Mundial se les plantea a los ingleses un dilema que se había insinuado ya en la Primera. Para combatir y vencer a los nazis tal vez no se pueda seguir luchando como se desea y como —más o menos: si no en la realidad sí en las apariencias; pero las apariencias importan muchísimo, porque también afectan a la realidad— se había procurado hacer hasta entonces, a saber: con *fair play* o juego limpio, sin demasiados dobleces, cumpliendo con la palabra dada, con algo de consideración y piedad, haciendo el menor daño posible a los civiles, no bombardeando ciudades indiscriminadamente, renun-

ciando al terror, renunciando al deseo de aniquilación. No soy historiador, y seguro que los que lo son no se pondrían de acuerdo sobre la cuestión: unos dirían que los ingleses acabaron por ser tan inclementes y crueles como sus enemigos (y desde luego arrasaron Berlín, Dresde, Nuremberg, Munich); otros, que se quedaron en un término medio (no exterminaron, fueron generosos en la paz, o tras la rendición).

Lo que es seguro es que no pudieron evitar el *contagio*, y cada vez estoy más convencido de que en los enfrentamientos largos es casi imposible quedar

inmune ante aquello que justamente quiere destruirse o desterrarse. Hay gente que contamina, que ensucia, con la que no se puede entrar en contacto —aunque sea para combatirla— sin recibir su mancha. Hasta el punto de que podría pensarse si a veces no perviven los derrotados o eliminados, si no se vengan de alguna forma al anidar en los vencedores, impregnados éstos de aquéllos mal que les pese. Será siempre un dilema irresuelto cada vez que surja, sobre todo cuando entre en juego la propia supervivencia.

Por eso hay que llevar un extremo cuidado también en nuestros enfrentamientos menores y cotidianos. La tentación de recurrir a los ruines métodos del adversario para acabar con él o para que no nos aplaste, aparece siempre en

las luchas prolongadas. Si alguien carece de escrúpulos y no tiene empacho en valerse de la difamación, la calumnia, es fácil que nos sintamos liberados de nuestras restricciones o reglas y empleemos asimismo esa arma.

Pero se puede dar entonces la paradoja de que tal vez lo que combatíamos en aquel adversario eran la difamación y la calumnia. Si alguien es

tan soberbio y cínico que nunca razonará ni concederá lo más mínimo, sino exigirá más siempre, es probable que nosotros hagamos lo mismo, y jamás le reconozcamos un átomo de razón ni mérito alguno —aunque los posea—, por principio. En esas batallas nos aliamos a veces con quien también habríamos combatido si nos hubiera dado pretexto, alguien de quien tenemos tan mala opinión como de nuestro enemigo. Y nos sentimos antinaturalmente unidos a ese ser despreciable sólo en virtud del odio que momentáneamente compartimos, olvidando que hay individuos en

cuya compañía no se debe dar un solo paso en ninguna circunstancia. Pero, ¿qué hacer si no, con los enemigos “imposibles”: los que responden con la traición al pacto, con la puñalada al gesto apaciguador, con saña a nuestra clemencia, los que sólo ven debilidad en la conducta generosa?

Y aun así hay que estar alerta. El Ministerio del Interior se contagió de ETA y acabó pareciéndosele en los años ochenta; un buen periódico que mantuvo larga guerra con otros peores acabó incorporando tics, sectarismos, falsedades y malas costumbres de sus rivales, se asimiló un poco a ellos. Para neutralizar al chivato que nos delata ante el jefe en el trabajo podemos acabar por denunciarlo al jefe, y aun por tenderle una trampa que permita su denuncia. Para acallar a los cotillas que nos torturan podemos cotillear sobre ellos con mayor virulencia, creyendo que desprestigian-dolos perderán su crédito. Y así podemos acabar encarnando, sin a veces darnos cuenta, aquello que detestábamos tanto como para jugarlos la vida, al carácter o los principios por eliminarlo, y perderlos en nuestra victoria. —

JAVIER MARÍAS

## Entrevista con Anthony Giddens

*Anthony Giddens es uno de los sociólogos actuales más influyentes. Su teoría de la “Tercera Vía”, que pretende hacer compatible el libre mercado del capitalismo con la idea redistributiva del socialismo tradicional, ha sido adaptada por Schroeder, Blair, Jospin. El debate continúa...*

Sus libros tratan sobre temas tan diversos como la teoría sociológica, el análisis de las sociedades modernas, la metodología y la transformación de las relaciones íntimas. No es fácil establecer los límites de su trabajo. Durante los quince últimos años he trabajado sobre tres asuntos aparentemente inconexos pero que en realidad se relacionan entre sí. El primero, ¿qué herencia debemos conservar del pensa-



Ilustraciones: LETRAS LIBRES / Alain Espinosa

miento sociológico clásico de los siglos XIX y XX?, ¿qué debemos retener de los trabajos de Durkheim, Weber, Simmel y Marx? El segundo tema de reflexión se relaciona con los marcos lógicos y metodológicos dentro de los cuales las ciencias sociales deben pensar la sociedad y las conductas humanas. Particularmente, existe un dilema clásico que he intentado superar entre el objetivismo y el subjetivismo, entre las teorías del compromiso social y del actor. El tercer tema de reflexión es el de la modernidad: ¿cuál es la naturaleza de la civilización moderna?, ¿cuáles son las consecuencias sociales en los niveles micro y macrosociológico? Estos son mis tres temas de reflexión privilegiados y forman un conjunto coherente. Cuando estudié la vida cotidiana o la vida íntima, esas preguntas constituyen, para mí, aplicaciones de las preguntas precedentes.

*¿Qué es lo que relaciona estos tres temas?*  
El tema de la modernidad y sus efectos sociales siempre ha sido uno de los asuntos predilectos para los sociólogos. Marx quiso comprender la modernidad a partir de la lógica del capital; Weber, a partir de la lógica de la racionalización, y Durkheim se interesó en las fuerzas de integración social. Cada uno aportó una cierta visión de la modernidad. La modernidad no puede reducirse a una lógica única, que puede ser la de la producción, la de las instituciones políticas o la de la cultura. Pensar el mundo moderno supone articular esas lógicas imbricadas.

La sociedad moderna no forma un todo unificado, un sistema integrado movido por una fuerza única. Existen lógicas y tendencias múltiples que interfieren. La modernidad es multidimensional. Sin embargo, me parece que los tres últimos siglos son totalmente distintos de cualquier otro periodo de la Historia. Y eso se debe a la influencia de un complejo de instituciones como el capitalismo, la industrialización, los estados-naciones y el individualismo, que han transformado el mundo a partir del siglo XVII. La sociología está históricamente li-

gada a ese movimiento de transformación del mundo. En mi opinión, la razón de ser de la sociología es intentar comprender ese proceso. Veo la sociología como una especie de “autoconocimiento” de la modernidad, que debe percibir sus potencialidades y sus límites.

*¿Por qué rechaza el término de posmodernidad que se utiliza actualmente para definir nuestra sociedad?*

La idea de “posmodernidad” de Jean-François Lyotard considera que hemos entrado en una nueva época a partir de la desaparición de los “grandes discursos”, del fin de la creencia en el progreso, en un futuro mejor, en poderío absoluto de la ciencia y la razón.

Pero esa es una visión muy parcial de nuestra época. Si buscamos aprehender nuestras sociedades a largo plazo y de manera global, llegamos a otra percepción de las cosas. Por mi parte, creo que vivimos una época de “radicalización” de la modernidad.

Asistimos de entrada a la extensión y a la globalización del capitalismo a escala planetaria. Ese cambio se acompaña de la emergencia de la economía y la información y de las enormes transformaciones relacionadas con el progreso de la ciencia y la tecnología. Por último, en este final del siglo XX asistimos a la difusión de los ideales de la democracia en casi todo el planeta, al menos de sus atractivos.

Esas tres tendencias siguen siendo, me parece, las fuerzas mayores que guían el cambio de las sociedades: son los motores de la modernidad. Es por eso que el término posmodernidad no me resulta apropiado.

Pienso que vivimos una transición

hacia una sociedad cosmopolita global impulsada por las fuerzas del mercado, los cambios tecnológicos y las mutaciones culturales. Esta sociedad mundial no es dirigida por la voluntad colectiva. La modernidad es una especie de “máquina loca” que sigue su camino más allá de la voluntad de la gente.

Al alba de este tercer milenio, pienso, no obstante, que habrá un cambio en las mentalidades. La voluntad colectiva de conducir conscientemente el cambio y limitar, o por lo menos controlar, el libre mercado, va a volver a estar a la orden del día. Ese es un cambio significativo en las visiones del mundo. Eso es lo que trato de anticipar en este momento.

*¿Cómo podemos intentar conducir el cambio y afirmar una voluntad de control sobre el futuro?*

Para empezar hay que deshacerse de la idea de una dirección consciente y de un dominio sobre nuestro destino tal como lo contemplaban los sociólogos clásicos: al descubrir las fuerzas y los motores del cambio social, es posible actuar sobre ellas. Ese modelo de cambio tiene numerosas limitaciones.

Primeramente, vivimos en sociedades complejas en las que las cadenas de decisiones, interacciones, causas y efectos son tan numerosas que siempre habrá consecuencias imprevis-

tas de nuestros actos. Los graves accidentes tecnológicos como los de Chernobyl o la explosión del Challenger están ahí para recordárnoslo. El mayor problema de nuestras sociedades consiste en aprender a manejar los riesgos, más que querer dominarlo todo. Pero hay otra razón, fundamental en mayor grado, que dificulta la conducción del cambio con lucidez; y esa razón está co-



nectada con lo que yo llamo la “reflexividad” del saber social. En las ciencias naturales puede estudiarse y preverse el comportamiento de un organismo cuando se han estudiado sus características y reacciones a uno u otro medio ambiente. En las ciencias sociales se estudian sujetos cuyo comportamiento varía en función del conocimiento que tienen de una situación dada. La noción de reflexividad significa que vivimos en una sociedad que no está gobernada por las obligaciones naturales o la rutina de la tradición. Cada decisión que se toma, como elegir vestirse de cierto modo, con cierto traje o cierta camisa, es un acto banal que no puede realizarse de manera automática. Forma parte de un proceso dinámico de construcción del yo. La decisión de vestirse de tal o tal otra manera supone mirar a nuestro alrededor, informarnos sobre la moda, hacer elecciones... Todo eso forma parte de la naturaleza reflexiva del yo en las sociedades contemporáneas.

De esta manera, el conocimiento que tenemos de la sociedad se convierte en un factor que actúa sobre la misma sociedad. Es lo que han demostrado los sociólogos que contemplan al sujeto social como un actor “competente”.

Por ejemplo, no se pueden prever de manera segura las conductas de los agentes económicos (productores, consumidores). Estos agentes precisamente ajustan sus acciones en función de la información que poseen de la realidad económica. La Bolsa evoluciona en función de factores objetivos, pero también y sobre todo en función de los juicios que los inversionistas hacen sobre el estado del mercado.

*El funcionamiento de los mercados financieros es un buen ejemplo de la dificultad para dirigir el cambio.*

Sí. Los mercados financieros funcionan a escala mundial y escapan por mucho a la capacidad de intervención y de regulación colectiva. Además, los mercados siguen lógicas en las que la noción de reflexividad es esencial. He conversado con el financiero Georges Soros y me di cuenta de que él también había llegado,

por distintas vías, a redescubrir esa noción de reflexividad. ¡La única diferencia es que él ha logrado ganar diez mil millones de dólares, y yo no!

El funcionamiento de los mercados financieros es un buen ejemplo de la manera en que se construye nuestro futuro, pues en un mundo más reflexivo la capacidad de prever el futuro desaparece. Los Lumière pensaron que el porvenir era una especie de territorio no explorado en el que se podían trazar caminos una vez que se disponía de suficientes datos. Así se puede, de cierta manera, colonizar ese territorio.

Pero las cosas ya no son así. Las anticipaciones que se hacen sobre el futuro pueden acelerar o, por el contrario, abolir las condiciones en las que las cosas se van a producir. Esto es cierto tanto en la vida individual como en el futuro colectivo.

Tomemos para ejemplificar la gestión de riesgos, tema que me interesa mucho en este momento. La enfermedad de las vacas locas, por tomar un caso, ha puesto a los gobiernos frente a un dilema. Si el gobierno anuncia prematuramente que la enfermedad de las vacas locas es un riesgo mayor y que hay que tomar medidas draconianas, existe el riesgo de trastornar sin razón a la gente y de poner en peligro un sector económico. Entonces se le reprochará haber tomado medidas desproporcionadas en relación con la realidad; pero esa exageración de los riesgos habrá permitido vencer cualquier epidemia. Si, por el contrario, el gobierno hace un anuncio más tardío y estimaciones razonables y prudentes sobre la evolución de la enfermedad, corre un riesgo inverso, que los productores y consumidores no toman en serio: la enfermedad misma. De este modo, se corre el riesgo de que la enfermedad se propague con mayor rapidez... Así pues, el anuncio no es neutro. En un clima de información abierta, tal situación es difícilmente evitable.

El mismo problema tiene lugar en cuanto a las previsiones sobre los riesgos de difusión del sida. Pienso que vivimos en un mundo de “reflexividad” creciente en el que esa clase de proble-

mas ocurre todo el tiempo. Los sondeos sobre el comportamiento de los electores contribuyen a cambiar las estrategias de voto. Los índices económicos sobre las tasas de crecimiento y desempleo —al incitar o no a los productores a invertir y a los consumidores a consumir— actúan sobre el crecimiento mismo y el desempleo. La información que se difunde en la sociedad sobre los comportamientos sexuales contribuye a modificar a su vez las conductas sexuales...

Uno de los problemas que me interesa mucho es el del miedo a los riesgos. Vivimos en un mundo donde surgen nuevos riesgos para los que no hay experiencia histórica.

Existen los riesgos ambientales, por ejemplo, el del aumento de temperatura de la tierra. Hay decisiones que tomar. ¿Qué hay que decirle al ciudadano? Todo lo que se diga tiene consecuencias sobre los mismos riesgos. Causar temor a la población es problemático; en determinadas circunstancias causar miedo es necesario, pero si se es alarmista ante cada amenaza, la ciudadanía va a perder poco a poco su capacidad de respuesta. Éste es uno de los nuevos dilemas de las políticas públicas. —

— Traducción de Una Pérez Ruiz  
© Le Seuil

## Luis Mario Schneider (1931-1999): museógrafo de las letras

Junto con el de Miguel Capistrán, el nombre de Luis Mario Schneider está ligado a la historia de la literatura mexicana del siglo XX en no pocos puntos. Editor, investigador, curioso coleccionista de libros y papeles, Schneider pertenece a esa especie —la de los lectores activos como el español Bartolomé Gallardo y el mexicano José Toribio Medina— sin la cual es difícilmente concebible una tradición literaria.

Compilar, reunir, juntar el cuerpo



despedazado de nuestras letras —por ejemplo, las de Jorge Cuesta, Gilberto Owen, Xavier Villaurrutia, Genaro Estrada, Antonieta Rivas Mercado— no es tarea desdeñable en tierras como ésta donde la incuria y el olvido anticipan la ruina. Quizá la voz que mejor conviene para definir una vocación como la de Schneider sea la de *curador*. Pues, en efecto, el muchacho que vino desde Argentina a México a principios de los años sesenta y decidió hacer profesión viva de esa americanería andante que dijera Alfonso Reyes, no dejaba de ver a las letras y a los escritores bajo la especie de la colección y del museo. E iba añadiendo, a los tesoros escritos, los dibujos y caricaturas, como en el caso de Xavier Villaurrutia, cuya expresión gráfica rescató. Trabajador infatigable y riguroso, puntual y severo, Schneider podía ser en su trato celoso y exigente. Sin embargo, ese rigor sólo era consecuente signo de su celo, fruto del rigor que a él mismo, como a todo individuo elegante, lo atormentaba. De su generosidad curiosa son prenda los



índices de revistas literarias del XIX y XX que él preparó, organizó y cuidó; las numerosas ediciones que preparó de escritores mexicanos del XIX y del XX como la *Poesía de Vicente Riva Palacio* o la *Correspondencia* de Jaime Torres Bodet —ambos títulos de próxima aparición—. La lista de las publicaciones que preparó, compiló, anotó y prologó es muy extensa y nos permite reconocerlo no sólo como lector sino también como editor. Prueban su generosidad también los *Cuadernos de Malinalco*, donde supo dar acogida impresa a no pocos jóvenes valores. Luis Mario —como le decían sus amigos— tenía una pasión: la historia literaria. Se desvivía aclarándola y reconstruyéndola —cuando no cimentándola—. Es cierto que a veces esta pa-

sión arqueológica lo llevaba a trasponer las fronteras que separan la historia literaria de la literatura, y acaso a sobrevalorar episodios y figuras —como los del llamado Movimiento Estridentista, al que estudió con interés sin precedentes en *El estridentismo o una literatura de la estrategia*— adjudicándoles un valor que, en rigor estricto, quizá no les correspondía. Y es que su fuerza—pese a su esbelta y delgada silueta— no era tanto la del gusto y el juicio como la del acopio, el orden, la disposición y el acarreo inteligente, una virtud hecha de voluntad y constancia, conciencia de los largos y medianos plazos, pero, sobre todo,

alentada por un instinto piadoso de salvación y rescate.

Esa misericordia instintiva lo hacía recoger y reunir libros, papeles viejos, y de esa cantera —como un escultor, como un asombroso paleontólogo— iba sacando las diversas esculturas, las figuras múltiples de nuestro pasado inmediato. Y era tan poderosa y persuasiva su acción de rescate que, por ejemplo, más de un distraído creyó que

Antonieta Rivas Mercado era un personaje de su invención al ver un libro cuyo título rezaba *Antonieta Rivas Mercado* y cuyo autor —deslices del editor— se presentaba como Luis Mario Schneider. Pero si Luis Mario Schneider editó numerosos libros ajenos juntando papeles dispersos y acarreando materiales que se creían perdidos, su reino más propio, su *querencia* fueron los diarios y revistas präteritos, la selva encantada de la hemeroteca. Viéndolo, oyéndolo evolucionar entre las publicaciones atrasadas de México, España y en general Latinoamérica, uno se preguntaba si era o no ilusorio el paso del tiempo, si Luis Mario no había realizado algún pacto con los demonios del olvido que le permitían revivir y resucitar el pasado a vo-

luntad. ¡Claro! Luis Mario Schneider era, en última instancia, un resucitador. Y sabía traer a sus Lázarus (Owen, X. Villaurrutia, Cuesta, Rivas Mercado, entre tantos otros autores) aliñados y bien prendidos aunque los acabara de exhumar de la fosa común de los diarios olvidados. Fuera de sus tareas de coleccionista literario, Schneider escribió poemas, ensayos y narraciones, y recibió un premio por la publicación de una novela muy poco leída. Son quizás los que mejor sirven para comprender su figura de *curador*, de atento coreógrafo del *Museo crítico* mexicano del siglo XX.

En el debate entre las cigarras y las hormigas hay una tercera posición —la que incluye a ambas—. Es la opción de la crítica que no sabría prescindir ni del canto ni de la industria. En la cadena literaria se da esta dualidad complementaria. Ahí el hormiguero es una galería destinada a recibir el canto de la cigarra. A la hormiga de la crítica le toca amparar ese canto. Pero ¡ay del pueblo donde hay más cigarras que hormigas! —

— ADOLFO CASTAÑÓN

## CARTA DE WASHINGTON Cien años de Duke Ellington

Harlem

Antes de ganar un asiento permanente en el banquete de la celebridad, Duke Ellington solía pasar las noches en un bar sin nombre del Harlem de 1923. El sitio estaba ubicado en un sótano y una de sus muchas peculiaridades estribaba en que el dueño se hacía llamar *México*. Algunos de los clientes asiduos al tugurio —músicos la mayoría— con el tiempo juntaron suficiente prestigio como para publicar autobiografías; todas coinciden en que la rareza del patronímico se debía a que el hombre peleó en la Revolución de 1910, aunque nunca se supo a ciencia cierta de qué lado. Lo regular era que, cuando la borrachera alcanzaba proporciones atléticas, los juerguistas del bar de México compitieran improvisando varia-

ciones cada vez más delirantes sobre las tonadas del *ragtime* neorlense que les llegaba vía Chicago. Una de esas noches —cuatro trombonistas lidiaban en un escenario diseñado para contener un solo cantante— el joven Duke Ellington pensó que debería adaptar ese tipo de sonido a la música ambiental que tocaba su grupo en un club para blancos de Broadway. Nadie habría podido adivinar la talla que alcanzaría aquel pianista atildado, mediocre y poco resuelto; por entonces no sabía leer una partitura, tenía una mano izquierda lentísima, y exageraba el color de los arreglos. En términos personales parecía avasallado por la más insalubre normalidad: era razonable y paciente, exageradamente relajado, su encanto lo imposibilitaba para mandar con rigor sobre la orquesta en que tocaba; puesto a elegir, favorecía a los inspirados sobre los virtuosos. Tenía, eso sí, toda la elegancia que pudiera necesitar cualquier empresa.

#### Washington D.C.

La capital de los Estados Unidos se prepara para festejar —el próximo 29 de abril— el centenario de Duke Ellington, probablemente el único washingtoniano genial. Es raro que D.C. conmemore un nacimiento: para las clases influyentes de los E. U. ésta es una ciudad de paso.

Ellington pasó su infancia y juventud en el entonces orgulloso barrio de U Street. Sus *row houses* —todavía señoriales hoy en día, aun cuando muchas de ellas estén tomadas por consumidores de crack— pertenecían a descendientes de esclavos que a fuerza de trabajo, ahorro y una fe conmovedora en la educación, se habían logrado colocar entre los estratos desahogados de la sociedad norteamericana. El vecindario encarnaba las ilusiones de una ciudad convencida de que la igualdad de derechos terminaría por homogeneizar las sensibilidades. Duke Ellington creció, en ese espíritu, como un niño victoriano. Nunca asistió, por ejemplo, a alguno de los primeros colegios mixtos de la zona —mixtos racialmente, se entiende— porque los blancos de escuela pública solían ser hijos de obreros. De ahí que su madre



viviera a disgusto perpetuo desde que lo escuchó decir en la radio que él no componía jazz, sino *negro music*. Contemporáneo y promotor de los intelectuales del Renacimiento de Harlem, Ellington pensaba que la negritud, más que una disposición genética, era un estado único y radiante del espíritu.

La larga decadencia del barrio de U Street ha servido para preservarlo intacto: el teatro Howard —sobre la calle T, entre la sexta y la séptima—, en el que el joven Duke escuchó por primera vez el *blues*, está abandonado e idéntico a como aparece en las fotos de principios de siglo. Junto a él, en aquellos tiempos, había un negocio llamado “Billar de Frank”, en el que Ellington aprendió a tocar el piano; el sitio sigue de pie y en funciones; ahora tiene el nombre —igualmente ingenioso— de “Billar de Rick”.

#### México D.F.

A principios de 1968, Duke Ellington anunció que haría una larga gira latinoamericana y que ésta concluiría el 28 de septiembre en el teatro de Bellas Artes de la Ciudad de México. Prometió estrenar para entonces una suite que se llamaría *Mexican anticipation*. En ese momento no tenía pensada ni una nota de la obra; como a Babe Ruth, ya sólo le entretenía apostar contra sí mismo. Cuando a fines del verano la orquesta llegó al Distrito Federal, su director sólo tenía terminado un movimiento. Se había distraído estudiando el tango y la samba.

Una foto de la vasta iconografía ellingtoniana ilustra el espíritu general de aquel viaje: en ella se ve una fila inmensa de cajas metálicas sobre la ban-

queta del aeropuerto Benito Juárez. Los músicos platican sentados sobre ellas. Ninguno parece preocupado de que no estuviera ahí el autobús contratado para llevarlos a Puebla, donde acompañarían un baile esa misma noche; era 15 de septiembre. El director ni siquiera aparece en la placa: se había vuelto a un bar para poder conversar a gusto mientras el lío se solucionaba. Otra fotografía, tomada en Mérida unos días más adelante, revela que el espíritu laxo mantuvo su norma sobre todo el recorrido: Duke está retratado con una cruda de escándalo; lleva puesto un sombrero de charro varias tallas menor que su cabeza.

Me gusta pensar que Ellington tuvo, durante la víspera del Día de la Independencia, una iluminación similar a la que le promovieron los cuatro trombonistas del bar sin nombre de Harlem: para el día 28 estrenó la radiante *Latinamerican Suite* —una obra en siete partes que incluía cuatro sobre México—, más los estudios acerca de la samba y el tango. El quinto movimiento —con mucho el más intenso y aventurado— se llama “The Sleeping Lady and the Giant Who Watches Over Her”. La caída del sol debe haber producido acentos particularmente dramáticos cuando la orquesta cruzó el paso de Cortés. —

— ÁLVARO ENRIGUE

## Una plaga envuelta en el enigma

Frente al escandaloso robo de doce pinturas firmadas por Rufino Tamayo, cometido el 28 de enero en la galería Ramón López Quiroga de esta ciudad, varios datos resplandecen bajo la siniestra aureola del enigma. ¿Qué pretendía o pretendían los autores intelectuales del hecho? ¿Subestimaron la capacidad de las fuerzas de seguridad para recuperar el botín? ¿Se apoyaron en la lábil porosidad aduanal —en caso de intentar una “emigración” de las obras— y en la crónica lentitud que suele caracterizar a los operativos policiales? Si esto fuera así, la insólita

eficacia puesta en práctica por la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal desarmó tales cálculos con una velocidad absolutamente meritoria: cuatro días después, el 1 de febrero, dicha institución recuperó los cuadros, aunque —hasta el momento en que se escribe esta nota— no logró atrapar a sus secuestradores.

La sustracción de obras de arte en museos de todo el mundo data de muchos años atrás. Sin embargo, resulta probable que ese fenómeno se haya acentuado a partir del desmesurado valor adquirido por las obras durante la pasada década. Simultáneamente, la presencia del mercado desde aquel periodo, su vertiginosa intensificación, su modo de inmiscuirse “entre líneas” sobre las mismas formas que articulan al objeto estético, al punto tal que parece instituir, sin esforzar la metáfora, una pauta icónica más, redondea otro tipo de fenomenología. Y aquí surgen nuevas preguntas: los excedentes de capital, el exceso de liquidez, ¿ha contribuido a esta virulencia comercializadora? Siguiendo, por otra parte, en el espacio de los enigmas, he aquí otra interrogación que, inevitablemente, se introduce en un terreno de riesgo: ¿es posible que una porción de los narcodólares se movilice en subastas y otras esferas transnacionales de las obras de arte? Si así ocurriera, deberíamos concluir que aquellos negocios que circulan sobre espúreos ámbitos de sombras como el tráfico de armas y de drogas, presumiblemente involucran, a veces —por curiosas vías “legales” o desde la directa ilegalidad delictiva—, a los productos visuales.

Queda, finalmente, un misterio no develado en el que perversamente se entremezclan realidad y pautas para una materia novelesca: ¿qué sucede con aquellos ladrones alentados por objetivos hedonistas?, ¿cuál es su mirada frente a la imagen robada como un amante al objeto del placer prohibido? Lo cierto es que, al margen de cualquier ficción, el mercado negro del arte, en sus diversos aspectos, conforma una plaga que se hace necesario, y urgente, combatir. —

— LELIA DRIBEN

## Salman Rushdie en Oaxaca

Estábamos en el ex convento dedicado a Catalina de Siena, en Oaxaca. Se podía bailar por 38 dólares en la ex capilla pero ya no había lugar. Decidimos quedarnos a cenar en alguno de los dos patios interiores del recinto amurallado, convertido ahora en magnífico hotel. Cuando entramos, lo primero que vi fue a una mujer joven, probablemente inglesa, que se mantenía a una distancia prudente de su crío, mientras éste jugaba absorto en la fuente de piedra labrada por los indios de Motolinía. Ana, Camila y Daniel Rothärmel describían lo que ven hoy en día: al este, lo que quedó del *punk* (una especie de infrarrealismo cascado por la acidez corriente que registran los ríos de América, incapaz de resolver su conflicto con la ciencia y la tecnología); al oeste, los *raves*, que se difunden mediante los tradicionales volantes, una cantina llamada “La triple W” y postales de gla-



moramas; al norte, industrial, las máquinas musicales que han exprimido en los últimos años la cibernética de Norbert Wiener y Arturo Rosenblueth; y al sur, *acid house*. Todo esto me venían contando Ana, Camila y Daniel Rothärmel, cuando lo vi. Por un viejo hábito, y a pesar de encontrarse de espaldas a mí, reconocí de inmediato la figura de Salman Rushdie. En la cabeza, la misma tonsura natural que hemos visto en los documentales, aunque su cuerpo estaba más gordo y un poco jorobado.

La gente que iba a celebrar estaba llegando a ocupar sus mesas, así que Rushdie se levantó a buscar sitio en el segundo patio, donde, más tarde, un conjunto de música latina haría lo suyo. Después de reconocer el terreno, regresó. Empezamos a especular para descubrir a los agentes de Scotland Yard. Apostamos por la pareja de *gays* con acento norteamericano que estaba sentada en una mesa junto a la puerta de acceso al otro patio. “No, es el bebé”, dijo Ubalda la Trucha. Me paré, fui hacia él y le recordé lo de Wembley, cuando, al final de un concierto de U2, se apareció de pronto en escena, sorprendiendo a la multitud. “¡Ah!”, me dijo, “pues acabamos de escuchar una versión de algo que escribí hace tiempo, y que ellos han musicalizado. Aparecerá en su próximo disco”. ¿Cuándo será eso? “Pronto, en abril, quizá”. Gracias, pensé, yo cumplo años ese mes, el 13 precisamente. Así que se va a convertir en una superestrella del *pop-rock*. “No es mala idea, quizá así pueda seguir hablando de literatura con la gente y escribir novelas”. Menos intriga política y más acción literaria. Nos dimos la mano, me preguntó mi nombre. A la medianoche, la familia Rushdie se retiró a su habitación. —

— CARLOS CHIMAL

## Mónica y Bill, amantes del Mediodía

Bill, un presidente al que también llaman “el hombre más poderoso sobre la tierra”, conoce un buen

día a Mónica, una chica carona y más bien rolliza. A ella la consume una intensa, secreta pasión; él es consumido por ella mientras habla por teléfono con el resto del mundo, mientras ejerce un poder demasiado solitario. Cosas del amor: los dos se aficionan uno a otro y el romance concluye cuando los demás se entrometen.

En esencia, este es el guión y estos son los personajes del *affaire* Clinton-Lewinsky que los medios propagan convulsivamente. El medio es el mensaje y el mensaje un *casus belli* que adoptan por igual las buenas conciencias y los concientizados, los reaccionarios de siempre y los progres de toda laya. Aquéllos reclaman el respeto a la investidura y éstos sentencian con fruición a un Imperio Decadente. Sus escrutadores en todo el orbe han visto a Bill y Mónica declarando en la pantalla de televisión y olvidan —como ya les había echado en cara Ezra Pound a los ingleses en un ensayo memorable— que están frente a un hombre y una mujer del mediodía, dos sureños que se entregaron a su pasión con geografía: “Nueva York se encuentra sobre el mismo paralelo que Florencia, Filadelfia está más al sur que Roma.” (En *Patria Mía*, 1911-1913).

El clima, observaba el poeta, cobra su primacía. Los puritanos y los ateos puritanos que impugnan indignados la existencia de un enclave de tierra caliente en plena Oficina Oval no soporitan la aparente comprensión y hasta el apoyo que profesan los estadounidenses hacia su presidente. Se dicen: “Claro, he aquí un pueblo que prefiere el Súper Tazón al vértigo del voto y la emoción de las urnas”. El juicio político, la censura, la destitución de Clinton o lo que sea que resulte de todo esto, es un pleito de las élites políticas, y no del pueblo estadounidense que se ha comportado a la vanguardia del auténtico espíritu democrático —en opinión de Jean Daniel, director de *Le Nouvel Observateur* y gran conocedor de la alta política francesa, donde hasta el más lampiño peina unas barbas venerables.

Durante los próximos meses el presidente y la becaria continuarán sien-

do noticia, mientras los perfectos indignados de todo el mundo seguirán pasando por alto un detalle no menos importante que la historia de los famosos puros de marca: que la Decadencia (política, social, colectiva, finisecular, moral, etc.) que le achacan a Estados Unidos ha sido, o ha buscado ser, su puerta de entrada a la historia, el virus que los cure de su barbarismo de origen. Para este pueblo estrafalario que nace proyectado hacia el futuro, fuera del tiempo, “la decadencia —dijo Octavio Paz en *Tiempo nublado*— les da aquello que han buscado siempre: legitimidad histórica. [...] Los norteamericanos sentían como un pecado original histórico su radical modernidad. La decadencia los lava de esa mancha”. Este es, para mala fortuna del debate, el mensaje que ha estado ausente en los *media*, salvo un caso donde se escuchan ecos de Paz: una caricatura política de Máximo (aparecida en *El País* de Madrid) en la que los titulares de una primera plana imaginaria anuncian “Sin confirmar: Estados Unidos estudia convertirse en un país como los demás”.

Es fama que en los medios académicos de Estados Unidos se discutió hace algunos años el excepcionalismo de ese país, su extrañeza ante los otros. Hoy, el escándalo mediatizado del amorío entre Clinton y Lewinsky representa, según un columnista de *The New York Times*, Jacob Weisberg, una ruptura histórica con la forma misma en que ha funcionado la presidencia de los Estados Unidos. Es probable que a partir de Clinton, el presidente de ese país dejará de ser excepcional y pueda ser tan sólo un presidente más en este planeta. Hasta que se escriba ese capítulo (¿el primero?) de la historia estadounidense, Bill y Mónica seguirán provocando la ira y la indignación de las buenas conciencias dentro y fuera de su país, siempre prontos a la hora de pegar un grito de horror ante la pérdida de valores o condenar la agresión de los imperialismos de manita sudada; hasta entonces, esta historia no será vista como la perenne confrontación entre el norte de *tweed* y el sur de a ca-

ballo, o bien, como quería Pound, el ataque de los patricios de la costa este contra un sureño de Little Rock que no soporta el crudo invierno de Washington D. C. —

— BRUNO HERNÁNDEZ PICHÉ

## Pedacería

*Romance oculto*

En su artículo “Federico Gamboa y el desfile salvaje”, en el número 2 de *Letras Libres*, José Emilio Pacheco propone, con toda razón, que

El único diario de verdad íntimo es el que nos avergonzaría hallar publicado. Lo demás es una ficción autobiográfica que adopta la estrategia narrativa del diario. Es curioso ver los métodos a que recurrieron los diaristas secretos. Víctor Hugo resucitó el español de su infancia en Madrid para describir sus actividades sexuales. Leandro Fernández de Moratín recurrió al políglotismo: “Ici Paquita and mother... Scherzi cum Paquita, quam osculavi”.

Leyendo el *Diario* (1825) de Samuel Pepys (1633-1703), me encontré con la misma estrategia erótico/políglota entre los espléndidos cuadros de la Restauración, los hechos y deshechos de Charles II, la crónica de la Gran Peste o el Incendio de Londres.

En la entrada del 6 de mayo de 1668, el ardiente don Samuel registra un furtivo encuentro con una amable señorita que renta su virtud en un chelín. Temeroso de su señora esposa, proclive a meter sus narices en el diario de su marido —en pos de información sobre dónde éste, a su vez, mete his cosa—, Pepys se narra en lengua romance su romance:

...Then I did see our Nell, Payne's daughter, and her yo did desear vengá after migo, and so ella did seguir me to Tower-Hill, to our back entry there that entrant into nostra garden; and there, ponendo the key in the door, yo tocar sus mamilles con mi mano and su cosa with mi cosa et yo did dar-la a shilling... —



### Peronismo

Acaba de aparecer en la colección Escritores de América que coeditan Anaya, Muchnik y el Ayuntamiento de Málaga, la *Poesía* de López Velarde, antes inaccesible en España, preparada por Saúl Yurkievich. La edición popular incluye una sabia introducción de 50 páginas que, por un lado, traza las coordenadas adecuadas para hospedar al nuevo lector español y, por otro, aporta finas observaciones para la cultura Lópezvelardeana. Se impone leerlo.

Por otro lado, me encanta una nota de Yurkievich a "Gavota", ese poema de *El son del corazón* en el que López Velarde, en trance de describirle a Dios el tipo de muerte que quisiera merecer, le solicita como abogada a una muchacha

...que de ir por los caminos  
tenga la carne de luz  
de los perones cristalinos.

Es curioso que, tan habituados a perones, a un argentino se le complique esa palabra. Como desconoce el significado mexicano de "perón", Saúl se enfrenta a un dilema que opta por resolver. Acude a los diccionarios y donde debería estar "perón" no hay nada. Arriesga entonces esta interpretación:

Los "perones", plural anómalo de 'peroné'; el cambio de acentuación responde a razones métricas, a fin de hacer coincidir el acento gramatical con el versal (p. 236).

Interpretación errada, pero interesante: Saúl concluye, por metonimia, que de tanto caminar, el peroné se le ha iluminado a esta muchacha, y que, otra vez por metonimia, la luz del hueso contagia la carnosa pantorrilla que lo cubre. Si Yurkievich hubiera tenido a la mano el *Diccionario de mexicanismos* de Santamaría, éste le hubiera explicado que entre nosotros hay una fruta (anómala) que se llama "perón": pera masculina y proletaria, menos nalgona, agridulce al paladar y pulpa sin duda luminosa. Por no tenerlo, cometió un error tan bonito

que propongo que lo convirtamos en acierto. —

— GUILLERMO SHERIDAN

## El paraíso conspiratorio

Internet es tierra fértil para las teorías de la conspiración. En los miles de páginas desperdigadas en la red es posible encontrar múltiples ideas y el mismo número de temas conspiratorios. La cosecha de confabulaciones es variada. Por ejemplo, ¿con quién hacen contacto los extraterrestres en la Tierra? Vaya a *Conspiracy Net* ([www.conspiracy-net.freemove.co.uk](http://www.conspiracy-net.freemove.co.uk)): ahí aprenderá que la CIA lleva una larga amistad con seres de otros mundos. ¿Cuáles son los verdaderos motivos detrás del *affaire* Clinton? No hay mucho misterio para los conspiracionistas, que tienen claro que la respuesta no está en el puritanismo norteamericano ni en la lucha por el 2000, sino en una alianza secreta entre Clinton y... ¡los chinos!

También hay lugar para los complots históricos. Los asesinatos de Gandhi, Kennedy y Rabin son eternos favoritos. ¿Qué propició la muerte del pacifista líder israelí? Fácil: no fue sólo Yigal Amir y sus amigos extremistas; el deceso de Rabin fue obra, en buena medida, del Shin Bet, la fuerza de seguridad de élite en Israel. O al menos eso es lo que piensan los editores de uno de los sitios más precisos de Internet sobre teorías de la conspiración: *Conspire.com* ([www.conspire.com/index.html](http://www.conspire.com/index.html)). En cuanto al asesinato de Kennedy, las hipótesis son tan abundantes como disparatadas. A los ojos de los intrigantes ideáticos de Internet, los culpables de la muerte del presidente demócrata pueden ser los cubanos de Miami o los de Cuba (parece dar lo mismo), la CIA, la mafia, los republicanos y su militancia de extrema derecha; también Lyndon Johnson, los rusos, los chinos, e incluso, de alguna manera, México, que acogió a Lee Harvey Oswald apenas unos meses antes de que disparara contra el automóvil descubierto de Kennedy.

En los últimos años México tampoco se salva de ser objeto del escarpelo de los teóricos de la conspiración. Escondida entre diversos capítulos de crímenes en *Conspiracy Net* está una desordenada pero bien documentada recopilación de las muertes del Cardinal Posadas, Luis Donaldo Colosio y José Francisco Ruiz Massieu, llamada *Fiesta of assassins* (<http://www.conspire.com/mex.html>). No hay quien se salve de la lupa: desde Mario Aburto hasta Juan García Ábrego, todos tienen un papel claramente establecido que requiere sólo de un par de cabos bien atados para armar por completo el rompecabezas sangriento de la historia moderna del país.

También abundan las teorías del *Big Brother* en Internet. La inteligencia superior de estos constructores de intrigas dicta que la era de la información trae consigo, entre otras cosas, un control subliminal que poco a poco dará el poder absoluto a un grupo selecto, o, más macabro aún, a una sola persona: Bill Gates. Por supuesto, no podía faltar la referencia apocalíptica. En Internet, hay quien dice que Bill Gates es el anticristo. Y como prueba irrefutable se remiten al alegórico precio que el dueño de Microsoft dio a la original Apple I después de haber invertido en dicha compañía: \$666.66. Si esa no es evidencia suficiente, nada puede serlo.

El alcance de las teorías de la conspiración en Internet es tal, que el medio ya se ha convertido en fuente de polémica. El principal protagonista de esta nueva mezcla de periodismo y charlatanería en Internet es un curioso personaje llamado Matt Drudge. El misterioso Drudge fundó su sitio después de ser dependiente de una tienda de autoservicio. Prueba de otra ventaja del Internet: cualquiera puede, con una computadora y algo de *know how* (Drudge usa cuatro computadoras y dos líneas de teléfono), lanzar ideas en la red de redes. Drudge lo hace con el afán de sacar a la luz los más diversos chismes y noticias de los más variados círculos de la sociedad. A partir de ese

loable objetivo nació *Drudge Report* ([www.drudgereport.com](http://www.drudgereport.com)). Después de haber sido vilipendiado como un tabloide cibernético, el sitio creado por Drudge se ha vuelto sitio de información importante para los entendidos. En el *affaire* Clinton, Drudge jugó un papel trascendental al sacar a la luz nada menos que la existencia de Mónica Lewinsky y su relación con el atribulado presidente norteamericano.

Y, por supuesto, si el cibernauta está cansado de navegar por las incontables teorías de la conspiración que ofrece Internet, siempre puede recurrir a algún sitio que ofrezca la posibilidad de crear una hipótesis propia. Si se busca uno que provea rápido acceso y satisfacción conspiratoria, tal vez haya que ir al sitio que fomenta *Turn Left* ([www.cjnetworks.com/\\_cubsfan/old\\_conspiracy.html](http://www.cjnetworks.com/_cubsfan/old_conspiracy.html)). Con una interfaz de opción múltiple, el visitante puede, en cuestión de minutos, crear una disparatada teoría de por qué el mundo está controlado por “banqueros” que sólo pueden ser descubiertos si se observa detenidamente su secreto “saludo de manos”.

Dice Matt Drudge que las grandes historias del periodismo empezaron siendo versiones particulares, chismes que sólo necesitaron un poco de difusión. Es posible que gracias a la era de la información por Internet, los teóricos de la conspiración se estén acercando al momento en que puedan decir esa frase que constituye su máximo sueño: “ves, tenía razón”. —

— LEÓN KRAUZE

## Conspiración contra el tedio

En la batalla desigual contra el tedio, toda nueva escaramuza comporta un sospechoso entusiasmo. Nada parece aterrar más a los hombres que los cada vez más frecuentes y cada vez más infernales *tiempos muertos*, esos lapsos de espera o de inacción o cansancio acerca de cuya necesi-

dad y misteriosa belleza nos debiera ya haber disuadido la idea misma de vivir en la Tierra, y frente a los cuales incluso la reflexión más desgana nos vencería de que es sólo en nuestra imbecilidad donde erigen su imperio. A un ritmo creciente, las revistas y los noticiarios, los programas de radio y hasta las pantallas electrónicas de los aeropuertos se han visto invadidos por notas breves y perturbadoras que en el esfuerzo de devolvernos el asombro y la sensación de maravilla frente a “los menudos secretos del universo”, consiguen únicamente potenciar nuestro estupor ante la avidez por la verdad que siempre ha distinguido a los seres humanos, y que en estas últimas fechas ha inclinado su predilección hacia los bocados rápidos, poco verosímiles y de fácil digestión. “¿Sabía usted que la altura que puede alcanzar una pulga en su brinco es, proporcionalmente, 15 veces mayor que la que alcanza un atleta; diferencia que se reduce a sólo 9 si la pulga se ha alimentado de sangre humana?”

Cada quien tiene derecho a comulgar con el nuevo y disminuido dios del entretenimiento de la mejor manera que le plazca y tan asiduamente como su perversión lo consienta, siempre y cuando no interfiera con el derecho al aburrimiento de los demás. Sentado en la sala de espera del aeropuerto, después de haber visto avanzar en la pantalla el bombardeo de inestimable conocimiento que nos lanza ese aborto de Enciclopedia (con una insistencia tal que cualquiera percibiría en ella un asomo de premeditación y crueldad), advierto cómo una diminuta sospecha que había cruzado por mi mente un tanto distraída, empieza a crecer e hincharse hasta formar la figura obesa e infame del verdugo que —razono— *ha debido concebir tan despiadada idea*, y cuyos pensamientos me parece oír, junto con su risa tremenda, tal y como si en ese mismo momento regurgitaran desde el fondo de su insondable maldad:

*Debemos darles en qué pensar. Decidirlo nosotros, dirigirlos. Entretenimiento inofensivo y blando. Sin descanso. Que crean que no*

*están perdiendo el tiempo mientras lo están desperdiciando, al fin y al cabo están a nuestra merced y lo agradecerán. Imagínate, lo agradecerán. El tedio es como un foco infeccioso: produce ratas inconformes y quejas molestas como moscas. Es justo en esos momentos que el tiempo es tiempo, y es horrible, como anticipos de eternidad. Entonces basta lo agradecerán. ¡Creerán que estamos pensando en ellos cuando lo único que queremos es que no piensen en nosotros! ¡Es genial! Llegará el día en que nadie se acordará qué significa esperar. Estarán todos rumiando su maravillita del mundo, ansiosos por comentarla, necesitados de más...*

—¿Lo puede creer? ¿Que el rastro de baba de un caracol tiene exactamente la misma composición química que algunos neurotransmisores del cerebro humano?

La pregunta por unos instantes se balanceó en mi mente, pero tal era la fruición con la que el hombre a mi lado degustaba una nueva perla de sabiduría en la pantalla, que no me atreví a importunarlo. —

— LUIGI AMARA

## LETRAS LIBRES

INVITAMOS

A LOS ILUSTRADORES

Y CARICATURISTAS

DE MÉXICO A COLABORAR

CON NOSOTROS.

ENTRE EN CONTACTO AL

TELÉFONO 554-8810.